

# **Revista**

de

# **Ciencias Económicas**

---

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

---

Director :

**DÍVICO ALBERTO FÜRKNORN**

Administrador:

**Luis Podestá**

Sub-administrador:

**Jorge Traverso**

Redactores :

**Dr. José Barrau - Dr. Mauricio Greffier - Juan R.  
Schillizzi - Guillermo J. Watson - Silvio J. Rigo  
Egidio C. Trevisán - Raúl Prebisch - Julio Silva**

**Año VIII**

**Noviembre de 1919**

**Núm. 77**

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**CHARCAS 1835**  
BUENOS AIRES

## **Proposición novedosa sobre el problema de la desocupación**

---

En mi sentir la Conferencia Internacional del Trabajo reunida en Washington en virtud de lo que la Parte XIII del Tratado de Paz dispone, constituye uno de los grandes hechos de la humanidad en lo que podemos llamar el período de “post guerra”. Puede definírsela como el esfuerzo más serio de los realizados hasta el presente en el sentido de dar a las reacciones industriales del mundo un conjunto de bases idénticas para una legislación uniforme destinada a reglar las condiciones de trabajo. En sí misma, era una especie de síntesis de las fuerzas económico sociales que en cada nación es menester contemplar cuando se quiere plantear o resolver el problema. Cada país, en efecto, era admitido con una representación igual: dos delegados del gobierno, uno de los obreros y otro de los patrones. Además, varios consejeros técnicos. Tuve el honor de actuar como consejero técnico de la delegación argentina y me permito indicar, a los que deseen conocer a fondo lo que ocurrió en dicha Conferencia, la lectura de mi informe. Aparece publicado en el N° 45 del Boletín del Departamento Nacional del Trabajo. En el presente artículo solo deseo ocuparme de una de las mociones que en el seno de la Conferencia fué planteada y que fué rechazada por una escasísima minoría. Si en su favor hubiese contado tres votos más, la moción hubiese quedado aprobada y el futuro industrial del mundo hubiese sufrido un cambio económico trascendental. Me refiero a lo que se conoce con el nombre de “moción Baldesi”. Baldesi era el delegado obrero italiano. Joven, nervioso, elocuente, se destacó desde los primeros días, al lado de Jôuhaux, delegado obrero francés, de voz tonante y de gesto expresivo. Junto a ellos

Gompers, el famoso presidente de la Federación Americana del Trabajo que congrega a cerca de cuatro millones de afiliados, resultaba un tanto empalidecido. Es que Baldesi y Jouhaux, además de latinos, están en plena juventud. Gompers, más viejo, aparece como cansado.

Se discutía el interesantísimo tema de la desocupación, esto es, uno de los males más graves que al obrero afligen, porque, sin duda, por más pequeñas que las entradas sean existe siempre posibilidad de equilibrar el presupuesto de gastos si esas entradas son fijas. La dificultad aparece cuando son inestables y cuando el obrero, queriendo y pudiendo, no trabaja porque no encuentra ocupación. El comité organizador de la Conferencia, en un tomo de ciento cincuenta páginas, había presentado un informe, nutrido en cifras y lleno de gráficos, demostrando el estado actual de la cuestión en todo el mundo. Noleus, delegado gubernamental de Holanda, me enseñó el programa del curso que sobre desocupación — nada más que sobre desocupación — dicta en una de las universidades de su país. El profesor Mahaim, delegado suizo, me hizo saber que en el curso de estadística que dicta en las aulas universitarias de su país, había dedicado todo un ciclo a la crítica de los métodos empleados para investigar el grado de desocupación de una nación industrial en un momento dado. Intencionalmente anoto estos hechos como demostración de la intensidad que en el extranjero se asigna al estudio de los fenómenos sociales. Como que conocer bien los términos de un problema equivale a plantearlo bien; y plantearlo bien vale tanto como tener adelantada la mitad del esfuerzo que su solución comporta.

Para el estudio del asunto se nombró una comisión. Formaba parte de ella Baldesi. La comisión se expidió aconsejando (Noviembre 22) un proyecto de convención que coincidía, línea por línea, con el que presentó la delegación argentina. Pero Baldesi estaba en disidencia. Su disidencia es la que planteó lo que a mi juicio es una interesantísima y grave cuestión. Si tuviese autoridad, me permitiría sugerir a los colaboradores de esta revista el estudio de la moción Baldesi desde el punto de vista de la producción argentina y de sus intereses económicos. No hay que olvidar que la moción fué rechazada por escaso número de votos y que puede reproducirse. No hay duda de que se reproducirá. Y tal vez pase.

Baldesi, en síntesis, quiere prevenir o evitar la desocupación internacionalizando las materias primeras. Quiere, pues,

tratar los problemas económicos con carácter político. Sienta un hecho — que es perfectamente exacto — y del hecho deriva una conclusión. El hecho es el de que, en determinadas regiones del globo, hay desocupación porque faltan materias primas para trabajar. Parece que es el caso actual de Alemania. Y, por otra parte, en otras regiones existe abundancia de materias primas y falta de brazos para trabajarlos. Creo que es el caso de la Argentina. Como consecuencia de este desnivel, la producción mundial actual es insuficiente para las exigencias del consumo; y sabido es en que forma, en tales condiciones de oferta y demanda, actúa la ley del precio y se provoca la carestía de la vida. Por lo demás, inútil es decirlo, en los países en que se carece de materias primas, se cierran las fábricas y se origina, en consecuencia, la desocupación obrera. Repartir las materias primas mundiales en forma equitativa a las necesidades de cada nación debía ser, según Baldesi, el mejor preventivo de la desocupación.

Todo el problema de la desocupación consiste en aproximar al hombre sin trabajo al lugar en que el trabajo exige hombres. En otros términos: es poner al hombre cerca de la materia prima que necesita ser trabajada. Hasta hoy, ha sido el hombre el que ha viajado, ya individualmente, ya en grandes grupos que han creado las corrientes inmigratorias. Pero Baldesi deseaba invertir los términos. En vez de los hombres, son las materias primas las que deben viajar. “Hay que evitar al hombre el dolor de la inmigración. Es necesario darle los medios para que se convierta en un buen ciudadano en su país natal, allí donde ha nacido, donde ha crecido, donde se ha hecho hombre.” Como lo dijo Blomjous (holandés) la moción era peligrosa. A su juicio, era lo mejor que la Conferencia no se mezclase en una cuestión que, como la propuesta, resultaba tan embarullada”, capaz de provocar la muerte de la Conferencia cuya vida, era el período de iniciación, aparecía como tan frágil. Por lo demás, según dijo: “todas las naciones tienen que vigilar sus propios intereses y la concurrencia, entre todos los diferentes países del mundo es cosa que en todo tiempo se ha realizado. No existe poder en la tierra capaz de eliminar esta concurrencia que tiene como propósito el de asegurar a la población nacional las mejores condiciones de vida y de bienestar. En consecuencia, no podríamos obtener buenos resultados si pidiésemos a algunas naciones que en todo o en parte sacrificasen sus privilegios, privilegios que derivan de la naturaleza

o que han sido adquiridos por la energía de los exploradores o de los jefes de la nación.”

Si Baldesi planteó bien sus argumentos, justo es convenir en que la réplica no los planteó mal. “Ninguna nación piensa en abandonar los derechos que tiene de disponer de su materia prima en la forma en que mejor lo estime. Imponer un sistema cualquiera de disposición de esas materias equivaldría a entrometerse en el derecho de propiedad pública y aún sobre el derecho de propiedad nacional.” Pero, decía, Ilg (obrero suizo) combatiendo esos argumentos, lo cierto es que no habrá tranquilidad en el mundo en tanto existan millares de desocupados; y habrá millares de desocupados si no se aprueba la moción de Baldesi. Y terminaba: “soy pesimista en lo que respecta al porvenir. En Alemania, en Rusia, en Austria, existe una desanimación completa. Es cosa importante para el futuro del mundo poder dar a esos obreros el medio de trabajar. Si el malestar continúa, puede ocurrir con él lo que con la grippe, que no reconoce fronteras...”

Jouhaux, de la Confederación del Trabajo de Francia apoyó la moción. Con su voz tonante habló de la “nueva forma del imperialismo económico, más peligroso que el imperialismo de ayer”, para llegar a la conclusión de que el desarrollo industrial del mundo, de todos los países, pudiera efectuarse normalmente, en un pie de igualdad y de tal manera que ningún país careciera de las materias primeras de que necesita. Y por eso pedimos que en ninguna nación, por razones sórdidas y con fines de especulación, las materias primeras sean malgastadas.” Sentó el principio de que no era posible que la situación privilegiada de un país pudiera estar salvaguardada contra el interés general y afirmó que “no habría progreso verdadero en el mundo ni igualdad económica en tanto que ciertos países pudieran conservar sus materias primeras en detrimento del conjunto de las naciones.”

Guerin, patronal, no estuvo menos elocuente. Naturalmente, votó en contra de la moción Baldesi. A su juicio, el control del Estado en la repartición de las materias primas sería un fracaso que en vez de disminuir aumentaría los riesgos de la desocupación. Nada mejor que la iniciativa individual. “En tanto que exista un mundo y en el mundo hombres, será necesario dejar a la libertad individual, a la iniciativa privada, el libre juego de los intereses que constituyen las estimulantes verdaderos de la actividad humana un libre desarrollo si es que

se quieren obtener resultados prácticos. Es peligroso hacer literatura y con lenguaje elocuente pasearse en las nubes, por encima de las realidades verdaderas, por encima de las leyes fatales que regulan y aseguran el curso de la prosperidad humana..."

Forzoso resulta, para no abusar de los lectores, renunciar a las restantes citas. La discusión fué movida, interesante, eficaz. A ratos, apasionada. Durante un mes de sesiones, la Conferencia de Washington, reunida en el soberbio edificio de la Pan American Union, discutió con altura los temas más interesantes de la cuestión obrera, con discursos llenos de cifras, con información abundante, con argumentos sólidos, con preparación indiscutible. Y, con todo, mi impresión puramente personal es la de que el asunto que más vivamente interesó el cerebro de los presentes, fué el de la moción Baldesi.

En el ánimo de más de uno, hizo surgir la duda. Si la defensa del pró estuvo bien sostenida, la del contra no estuvo peor. ¿Derivaba el interés que ella produjo de su propia e intrínseca novedad? ¿Surgía de esa ansiedad que atenaceaba el espíritu cuando en el fiel de la balanza de la discusión los dos platillos en los que se colocan los argumentos acusan el mismo peso? Es posible. Pero es seguro que se presentía que la aprobación de la moción significaba un cambio trascendental en el régimen económico de la producción industrial.

En la historia de la economía industrial, hay hechos que son jalones y que, señalando el final de una época marcan el comienzo de un período nuevo. La revolución económica del siglo XVII, es uno de ellos. El advenimiento del maquinismo, de la navegación a vapor, de los ferrocarriles y la concentración industrial surgida en el período de 1815 a 1850, es otro. La moción Baldesi, de haber sido aprobada ¿no hubiera producido un cambio radical, de consecuencias desconocidas, en las relaciones de la economía industrial del mundo?

He aquí el interrogante curioso cuya contestación puede ser dada, con conocimiento de causa, por los colaboradores de esta revista.

Me he limitado a plantear el problema y debo agregar, para concluir, que 43 delegados votaron en contra y 40 a favor de la moción.

Bien pequeña la mayoría, como se vé.